6733

Margarita y
Roberto.

MARGARITA Y ROBERTO

COMEDIA DRAMÁTICA EN DOS ACTOS

(Refundición de LA DAMA DE LAS CAMELIAS)

Alexandre Dumas (fils)

POR

F. PÉREZ CAPO

Precio: UNA peseta

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

MARGARITA Y ROBERTO

Esta traducción y refundición de *La dame aux Camelias* es propiedad de don Felipe Pérez Capo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en todo su alcance y manifestaciones.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Copyright by Felipe Pérez Capo, 1916

MARGARITA Y ROBERTO

COMEDIA DRAMÁTICA EN DOS ACTOS

dividido el segundo en dos cuadros

refundición de **La dama de las Camelias**, de A. Dumas (hijo)

escrita en prosa por

FELIPE PÉREZ CAPO

VALENCIA

500

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

PERSONAJES

MARGARITA GAUTIER.
NICHETTE.
PRUDENCIA.
MARIANA.
OLIMPIA.
ROBERTO DUVAL.
JORGE DUVAL.
GASTÓN RIEUX.
SAINT-GAUDENS.
GUSTAVO.
CONDE DE GIRAY.
VARVILLE.
DOCTOR.

Acto primero: en París. Acto segundo, cuadro primero: en Auteuil. Cuadro segundo: en París

---

NOTA IMPORTANTE

Por esta refundición no se cobrará derechos dobles de estreno a ninguna compañía. Sólo se cobrará los derechos sencillos correspondientes a una comedia en dos actos.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Margarita, en París

(Al levantarse el telón están en escena: MARIANA, haciendo labor, y VARVILLE, sentado junto a la chimenea, leyendo un periódico Timbre dentro.)

Var. ¿Han llamado?

Mar. Sí. Abrirá el criado.

Var. Seguramente es Margarita.

Mar. Yo no la espero tan pronto.

Sale NICHETTE por foro

¿Ve usted?... Es la señorita Nichette.

Nich. ¿De modo que no está Margarita?

Mar. No. Pero si no tiene usted prisa, puede esperarla un momento.

Nich. Imposible. Gustavo se ha quedado en la calle. ¿Cómo sigue Margarita?

Mar. Lo mismo que siempre.

Nich. Dígale usted que volveré a verla uno de estos días. Adiós, Mariana. Adiós, caballero. (Vase foro.)

Var. ¿Quién es esta?

Mar. Una compañera de mi señora.. cuando estaba empleada en el almacén de telas.

Var. Ha dicho usted «señorita». Luego ese Gustavo que la esperaba no es su marido.

Mar. No. Pero lo será. Ella lo quiere a él sólo. El parece que la quiere sólo a ella. Se casarán, seguramente. La señorita Nichette, en su clase, es de lo más virtuoso que conozco.

673249

Var. ¡Bah! Después de todo, a mí ¿qué me importa? (Se levanta.) Lo importante es que Margarita no me hace maldito el caso. ¡Parece mentira que sacrifique su juventud y su alegría a un hombre tan fúnebre como el duque de Mauriac!

Mar. Usted no sabe lo que dice. El duque es... como si fuera su padre.

Var. Historias... Eso dicen muchas mujeres para justificar su gusto deplorable.

Mar. Perdone usted, señor Varville. Puesto que de mi señora se puede decir muchas cosas que son verdad, no hay para qué asegurar las que no lo son. Y la verdad de esto es que hace dos años, después de una larga enfermedad, fué mi señora a unas aguas para acabar de restablecerse. Yo la acompañé y puedo atestiguar lo que pasó. Entre los enfermos había una muchacha, casi de la misma edad que mi señorita, muy parecida a ella en lo físico y atacada de la misma enfermedad, sólo que en un grado mucho más grave. Esta muchacha era la hija del duque de Mauriac.

Var. Y murió, por lo visto.

Mar. Murió. Y el duque, desesperado, encontrando en la fisonomía, en la edad y hasta en la enfermedad de mi señorita, el retrato de su hija, la suplicó que lo admitiese como un padre y que le permitiera quererla como a aquél pedazo de su alma que había desaparecido de la tierra. Entonces, mi señorita le confesó su situación.

Var. ¿Cómo?

Mar. Mi señorita no miente nunca. Y por ser el vivo retrato de la hija del duque, éste le prometió todo lo que quisiera si mi señorita cambiaba de conducta; a lo que se comprometió allí... Porque al volver a París tuvo muy buen cuidado de no cumplir su palabra. Por lo cual el conde, cómo sólo le produce la mitad de su ventura, le redujo a la mitad lo prometido. Consecuencia de esto es que mi señorita tiene hoy unos cincuenta mil francos de deudas.

Var. Que yo le he ofrecido pagar.

Mar. Sí... Pero ella prefiere deber dinero a los otros que deberle gratitud a usted.

Var. Y, sobre todo, teniendo a mano al conde de Giray.

Mar. ¡Es usted insoportable! Aseguro a usted, señor Varville, que la historia del duque es verdadera, y que el conde no es más que un amigo. (Timbre dentro.)

Var. Por si fuera ella, ni una palabra más del asunto. La tengo miedo.

Sale MARGARITA por foro.

Marg. Mariana... Vé a decir que preparen la cena. Tengo invitados a Olimpia y Saint-Gaudens. (Vase Mariana. Margarita va a sentarse a la chimenea.) ¿Cómo?... ¡Usted!

Var. Sí, yo... Pues qué, ¿mi destino es otro que aguardarla a usted siempre?

Marg. Y mi destino ¿va a ser siempre el encontrármelo a usted?

Var. Yo vendré mientras usted no dé orden de que no me abran la puerta.

Marg. Sí, ya lo veo... No vuelvo una vez a mi casa que no me lo encuentre a usted en ella. ¿Es que todavía tiene algo que decirme?

Var. Ya lo sabe usted sobradamente.

Marg. ¡Siempre la misma cantata! Es usted monótono.

Var. Y ¿qué culpa tengo si es que la adoro a usted?

Marg. ¡Vaya una razón! Si tuviera que escuchar a todos los que me adoran, no me quedaría ni tiempo para comer. Por centésima vez se lo repito... Aquí pierde usted el tiempo lastimosamente.

Var. ¡Es una crueldad! El año pasado, en las aguas de Bagneres, me hizo usted concebir ciertas esperanzas...

Marg. Aquello era natural. Estaba en unas aguas, enferma, aburrida... Pero aquí ya no es lo mismo. Me encuentro mucho mejor y no me aburro.

Var. Y, además, tiene usted un duque y un conde...

Marg. Yo soy libre para tener las amistades que quiera. Y esto no le importa a nadie y a

usted menos. Si no tiene otra cosa que decirme, puede usted tomar la puerta. (Varville se pasea nervioso.) Pero ¿es que no toma usted la puerta?

Var. ¡No! (Pausa.) Margarita... yo tengo ochenta mil francos de renta.

Marg. Y yo ciento. Le gano a usted.

Sale MARIANA

Mar. Ya esta dada la orden.

Marg. ¿Ha venido el doctor?

Mar. Sí. Ha recomendado mucho reposo para la señorita.

Marg. Es un ángel ese doctor. ¿Ha habido algo más?

Mar. Sí. Han traído este ramo de flores.

Var. De mi parte.

Marg. Rosas y lilas blancas. Toma; llévalo a tu cuarto.

Var. ¿Es que lo desprecia usted?

Marg. ¿Cómo me llamo yo?

Var. Margarita Gautier.

Marg. Y ¿qué sobrenombre me han dado?

Var. «La dama de las camelias.»

Marg. Justo. Porque son las únicas flores que me gustan; y es inútil enviarme otras. Si cree que voy a hacer con usted una excepción, se equivoca lastimosamente. Los perfumes me causan daño.

Var. ¡Soy un verdadero desgraciado! Adiós, Margarita. (Sin hacer intención de irse.)

Marg. Adiós.

Salen por foro OLIMPIA y SAINT-GAUDENS.

Olim. Aquí estamos ya.

Marg. ¡Olimpia!... Señor Saint-Gaudens...

Saint ¿Cómo va ese valor?

Marg. Bien. Hoy me encuentro muy bien.

Saint Lo celebro. ¡Hola, Varville!

Var. ¡Hola, querido!

Saint ¿Cena usted con nosotros?

Marg. ¡De ninguna manera! Pero... ¡todavía aquí!

Var. En seguida. . en seguida salgo.

Marg. Prudencia es la que va a cenar con nosotros. Por cierto. . (Abre el balcón y llama.) ¡Prudencia!

Mar. Señorita .. Con el frío que hace...
Marg. ¡Calla! ¡Prudencia!
Prud. (Dentro.) ¡Hola, Margarita!
Marg. ¿Por qué no ha venido usted a casa?
Prud. Porque han venido dos jóvenes de visita. Además, se han empeñado en convidarme a cenar.
Marg. ¿Los conozco yo?
Prud. Uno es Gastón Rieux, y el otro es... un amigo de Gastón.
Marg. Perfectamente. Os convido a los tres. Conque no tardeis mucho. (Cierra el balcón. Tose un poco.) Hace frío esta noche. Varville, ponga usted un leño en la chimenea. Sea usted útil, ya que no es agradable.
Var. Como usted quiera. (Obedece.)
Marg. Mariana, que pongan dos cubiertos más. (Vase Mariana)
Olim. No sople usted tanto, Varville.
Var. Si no soplo. ¡Es que bufo!

Salen por el foro, PRUDENCIA, GASTÓN y ROBERTO.

Prud. Aquí nos tiene usted.
Gas. ¡Adorable Margarita!
Marg. ¡Amigo Gastón!
Gas. Señores... Permítame que le presente a Roberto Duval. El hombre que en París está más enamorado de usted.
Rob. Gastón lo asegura, y yo jamás he llevado la contraria a mis amigos.
Gas. ¿Cómo va, querido?
Saint Cada vez más joven.
Gas. Roberto... Mis amigos, la gentil Olimpia y el temible Saint Gaudens.
Saint ¿Quizás es usted pariente del señor Duval, el banquero?
Rob. Es mi padre. ¿Lo conoce usted?
Saint Lo conocí hace tiempo, en casa de la baronesa de Nersay. ¿Es usted hijo único?
Rob. No. Tengo una hermana. (Siguen hablando en voz baja paseando por el fondo de la escena.)
Marg. (A Gastón.) Es muy simpático su amigo.
Gas. Ya lo creo. Y, además, está loco por usted. ¿Verdad, Prudencia?
Prud. Absolutamente verdad.

Var. ¿Le parece a usted que ponga otro leño?

Marg. ¡Ponga usted lo que quiera! ¡Qué inoportuno!

Olim. ¿Qué se murmura aquí por lo bajo?

Marg. Escucha y lo sabrás.

Prud. Ese amor tiene dos años de existencia.

Marg. Ya va siendo viejo el tal amor.

Prud. Roberto se pasa la vida en casa de Gustavo y Nichette sólo para oir hablar de usted.

Gas. Cuando estuvo usted enferma el año pasado, antes de ir a las aguas de Bagneres, durante los tres meses que estuvo en cama... Quizás lo sepa usted... Un joven, que no dijo nunca su nombre, venía a diario para preguntar noticias del curso de la enfermedad.

Marg. Sí... recuerdo...

Gas. Pues era él.

Marg. Es una acción nobilísima. Señor Duval...

Rob. Margarita...

Marg. Se me ha dicho que, durante mi enfermedad, usted ha venido todos los días a saber noticias.

Rob. Exacto.

Marg. Pues yo le doy por ello infinitas gracias. ¿Ha oído usted, Varville? ¡Usted no ha hecho lo mismo!

Var. ¡Pero si aún no hace un año que la conozco!

Marg. El señor me conoce desde hace cinco minutos. ¡No dice usted mas que tonterías!

Var. ¿Le parece a usted que me retire?

Marg. Me parece admirablemente.

Var. ¿Cuándo la veré a usted menos adusta?

Marg. Cuando no venga usted a verme.

Var. Volveré mañana.

Marg. ¡Uf, qué suplicio!

Var. Porque usted quiere... Si usted no quisiera... ¡Pero usted querrá!...

Marg. ¡No se irá usted nunca!

Var. Adiós, Margarita. Hoy me llevo alguna esperanza. Señores... (Vase foro.)

Prud. Es usted demasiado dura con el pobre barón Varville.

Marg. Es muy pesado. Viene todos los días a proponerme que acepte parte de sus rentas.

Prud. ¿Y se queja usted? ¡Pues digo si me lo propusiera a mí!...

Marg. Yo no sé si es que me marea su pesadez... El caso es que me trastorno siempre que lo veo.

Olim. ¿Cómo? ¿Qué tienes?

Prud. Se ha puesto mala.

Marg. ¡Un vaso de agua con unas gotas de azahar!

Prud. En seguida.

Rob. ¿Qué siente usted?

Marg. Lo de siempre. Pero no es nada... No tengan ustedes cuidado... Pasen al comedor. Yo voy al momento. Esto no tiene importancia.

Prud. Dejémosla. Cuando le sucede esto, le gusta quedarse sola.

Saint Es una pena.

Olim. Te esperamos.

Rob. ¡Pobre muchacha! (Vanse Olimpia, Prudencia, Saint-Gaudens y Roberto)

Marg. (Respirando con dificultad.) ¡Ay!... (Se mira en un espejo.) ¡Qué pálida estoy!...¡Qué mal me encuentro! (Coloca su cabeza entre sus manos y apoya los codos sobre la chimenea.)

Vuelve a salir ROBERTO.

Rob. Margarita... ¿se mejora usted?

Marg. ¿Eh? ¡Usted, Roberto!... Sí; voy mejor. Gracias. Además, que ya estoy acostumbrada.

Rob. Se está usted matando. Quisiera ser un amigo suyo, un pariente, un hermano, para impedir que se perjudicara usted de ese modo.

Marg. ¡Es usted muy bueno! Fíjese usted en los demas. Nadie se interesa por mí.

Rob. Los demás no la quieren a usted como yo la quiero.

Marg. Es verdad. Ya había olvidado ese gran amor.

Rob. ¿Se ríe usted?

Marg. ¡Dios me libre! Todos los días oigo la misma cosa y jamás me río.

Rob Sea; pero este amor bien vale una promesa por parte de usted. La de que ha de cuidarse mucho y siempre.

Marg. ¡Eso es imposible! Si yo me cuidara, me moriría antes. Lo que me sostiene es la vida febril que llevo. Eso de cuidarse está bien

para las señoras de la buena sociedad, que tienen familia y amigos. Pero ¿ nosotras?... Cuando ya no halagamos el corazón ni la vanidad de nadie, nos abandona todo el mundo y morimos olvidadas, más que de la enfermedad, del sentimiento.

Rob. Yo no soy nada suyo... Es verdad... Pero si usted lo quisiera, Margarita, yo la cuidaría como un hermano, no la abandonaría nunca y la curaría. Entonces, cuando hubiera desaparecido el peligro, usted volvería a la vida que ahora lleva, si le parece bien... Pero tengo la seguridad de que entonces preferiría usted llevar una existencia tranquila.

Marg. Ha bebido usted con exceso y tiene usted el vino triste.

Rob. Margarita... ¿tiene usted corazón?

Marg. ¿Corazón? ¡Nunca! Es la única cosa que hace naufragar en la travesía que yo hago. (Pausa.) ¿Es usted serio?

Rob. Muy serio.

Marg. Prudencia no me ha engañado. ¿De modo que me cuidaría usted?

Rob. Sí.

Marg. Y ¿estaría usted diariamente a mi lado?

Rob. Todo el tiempo que usted quisiera.

Marg. Y ¿llama usted a eso?...

Rob. Abnegación.

Marg. Y ¿esa abnegación proviene?...

Rob. De una simpatía irresistible que siento por usted.

Marg. ¿Desde?...

Rob. Desde hace dos años. Desde un día que yo la ví pasar frente a mí, bella, altiva, sonriente... Desde aquél día he seguido, alejado y silencioso, toda su existencia.

Marg. ¿Cómo no me ha dicho usted eso hasta hoy?

Rob. Porque no la conocía.

Marg. Haber buscado la ocasión. Cuando yo estuve enferma y usted venía a preguntar noticias, ¿por qué no subió?

Rob. ¿Con qué derecho iba yo a subir a su casa?

Marg. Tratándose de una mujer como yo...

Rob. Para mí basta conque se trate de una mujer. Y además...

Marg. Además.. ¿qué?

Rob. He tenido miedo de la influencia que usted pudiera ejercer en mi vida.

Marg. Está usted enamorado de mí; pero no me lo diga nunca. No le conviene a usted que yo le escuche y mucho menos que llegue a creerle. En este caso tendría usted una compañía poco agradable. La de una mujer nerviosa, enferma, triste... o alegre, con una alegría más triste que la tristeza. Una mujer que derrocha cien mil francos anuales, es a propósito para un viejo rico como el Duque; pero es desagradable para un hombre joven como usted. No diga usted, chiquilladas. Deme el brazo y marchemos al comedor. No debe saberse lo que significa nuestra ausencia.

Rob. Vaya usted, Margarita. Yo le pido permiso para quedarme aquí.

Marg. ¿Por qué?

Rob. Porque su alegría me causa daño.

Marg. ¿Quiere usted que le dé un consejo? Tome la puerta y desaparezca, si es verdad lo que me ha dicho. Lo mejor sería que me tratase usted como un buen amigo. En ese caso, puede usted venir a verme... Hablaremos, reiremos... pero no exagere usted lo que yo valgo, porque yo valgo muy poca cosa. Usted tiene un gran corazón, necesita usted ser amado... Es usted muy joven y muy sensible para vivir en nuestro mundo. Busque una mujer de sus condiciones y cásese usted. Ya ve usted que yo soy una buena muchacha y que le hablo con toda franqueza.

Aparece PRUDENCIA.

Prud. Pero, ¿qué diablos hacen ustedes?

Marg. Hablar muy en serio. Déjenos un minuto. Vamos en seguida.

Prud. Bien, bien... Hablen ustedes lo que quieran. (Vase)

Marg. Quedamos en que usted no me querrá nunca.

Rob. Y en que seguiré su consejo. Desapareceré inmediatamente.

Marg. Pero... ¿hasta ese punto?

Rob. Hasta ese.

Marg. ¡Es usted un loco!

Rob. Tiene usted razón. Soy un loco. Ríase usted de mí. Es lo mejor que puede hacer. Adiós, Margarita.

Marg. ¡Roberto!

Rob. ¿Me llama usted?

Marg. No quiero verle salir incomodado.

Rob. ¿Incomodado con usted? Eso no es posible.

Marg. Gracias por la lisonja.

Rob. Me molesta ver que se burla usted de las cosas serias.

Marg. Pero si no me burlo.

Rob. Respóndame usted.

Marg. Veamos.

Rob. ¿Quiere usted verse amada?...

Marg. Según... ¿Por quién?

Rob. Por mí.

Marg. Habíamos quedado...

Rob. Un momento. ¿Rechazaría usted un amor profundo, eterno?...

Marg. ¿Eterno?

Rob. Sí.

Marg. Y si yo le creyera a usted ahora mismo, ¿qué diría usted de mí?

Rob. Yo...

Marg. Diría usted lo que dice todo el mundo. ¡Qué importa! Puesto que he de vivir menos tiempo que los demás, es necesario que viva más deprisa. Pero tranquilícese usted... Tan eterno como será su amor y tan poco tiempo como yo he de vivir... ¡pues seguramente viviré yo más tiempo que su amor!

Rob. ¡Margarita!

Marg. Su emoción me demuestra que es usted sincero, que está usted convencido de lo que dice. Todo eso merece una recompensa. Tome usted esta flor. (Le da una camelia.) Venga usted a devolvérmela cuando esté marchita.

Rob. Pero...

Marg. Y ya sabe usted que una flor se marchita en menos de veinticuatro horas.

Rob. ¡Margarita, qué feliz soy en este momento!

Marg. Dígame otra vez que me quiere.

Rob. Otra vez y mil. Mire usted... ¡No! Mira si te quiero, que mi padre me ha escrito que me

espera en Tours y yo voy a contestarle que no se moleste en esperar.

Marg. Y ¿si se enfada?...

Rob. ¡Bah! No hay cuidado.

Marg. ¡Si tú supieras qué proyectos están bullendo en mi imaginación!...

Rob. Dímelos.

Marg. Más adelante.

Rob. Y ahora, ¿por qué no?

Marg. Quizás no me quieras aún lo suficiente. Cuando vaya a realizarlos será el momento de decírtelos. Te confesaré únicamente que se trata de ti. De ti, a quien cada minuto que pasa comprendo que voy queriendo más.

Rob. Revélame ese secreto ¡Te lo suplico!

Marg. (Después de una corta vacilación.) Es verdad. Yo no debo tener secretos contigo. Pues verás... Se me ha ocurrido una combinacióu.

Rob. ¿Qué combinación?

Marg. Verás... Yo no puedo decirte más que las consecuencias.

Rob. Está bien. Con las consecuencias me conformo.

Marg. ¿Serías tú feliz pasando el verano en el campo conmigo?

Rob. ¡Y tú me lo preguntas!...

Marg. Si mi combinación sale bien, y saldrá, seguramente, antes de quince días seré libre, no deberé nada y nos iremos juntos al campo para pasar el verano entero.

Rob. ¿De modo que el medio es lo que no puedes decirme?

Marg. No.

Rob. ¿Se te ha ocurrido a ti sola esa combinación?

Marg. ¿Por qué me dices esto?

Rob. Contéstame.

Marg. Pues, sí; a mí sola.

Rob. Y ¿tú sola vas a realizarla?

Marg. (Vacila.) Yo sola.

Rob. Recuerdo haber leído en una novela que a la protagonista se le ocurre también una combinación. Consiste en sacarle dinero a un personaje para gastárselo con un pobre muchacho.

Marg. No sé qué quieres decir.

Rob. Que si tu combinación es de esa clase, yo no la acepto.

Marg. Está bien. Hablemos de otro asunto. (Pausa.) Ha hecho un día espléndido, ¿verdad?

Rob. ¡Magnífico!

Marg. ¿Había mucha gente en los Campos Elíseos?

Rob. Mucha.

Marg. ¿Seguirá así el tiempo hasta que cambie la luna?

Rob. (Con ira.) ¡A mí qué me importa la luna!

Marg. ¿De qué esperas que te hable? Cuando te digo que te quiero, cuando te doy una prueba, tú me correspondes casi con una ofensa. En vista de ello, lo mejor es hablarte de la luna.

Rob. Reconócelo, Margarita. Eso que acabas de proponerme...

Marg. ¿Volvemos a la cuestión?...

Rob. Sí, volvemos. Eso que tú me has propuesto me volvería loco de felicidad; pero el misterio que precede a la ejecución del proyecto.. ¡Ese misterio!...

Marg. Vaya, razonemos un poco. Tú me quieres y te halagaría pasar algún tiempo a mi lado en un rinconcito que no fuese este antipático París.

Rob. Eso es indudable.

Marg. Yo también te quiero y deseo lo mismo; pero precisamente por esto, no ha de realizarse. Tú no debes tener celos del Duque. Por Prudencia sabes...

Rob. Sé una historia...

Marg. Que es una verdad. Déjame que realice yo el plan como me lo he forjado.

Rob. Sin embargo...

Marg. Yo te quiero. Esto ya lo sabes y esto es lo que te importa.

Aparece MARIANA por foro y cambia una mirada de inteligencia con Margarita.

Mar. Con permiso... Una persona desea hablar a la señora.

Marg. Dile que en seguida se le recibirá. (Vase Mariana.) Roberto, yo te suplico que vayas al

comedor a reunirte con nuestros amigos. Yo iré en seguida.

Rob. Margarita, tú me ocultas algo. Tú esperas a alguien.

Marg. Yo te repito que te quiero, y que no quiero a nadie más en el mundo. Anda, y no seas niño.

Rob. Lo que tú digas... Lo que tú mandes. (Vase.)

Marg. ¿Quién me hubiera dicho hace algunos días que este hombre iba a dominar tan pronto en mi corazón y en mi pensamiento? (Toca el timbre.)

Aparece MARIANA.

Puede pasar el señor Conde. (Mariana hace seña.)

Sale el CONDE DE GIRAY.

Conde Buenas noches, Margarita.

Marg. Buenas noches, Conde. (Mariana desaparece.)

Conde ¿Cómo se encuentra hoy?

Marg. Perfectamente.

Conde (Se sienta cerca de la chimenea.) ¡Hace un frío de mil demonios! Me ha escrito usted que viniese a las diez y media. Ya ve usted que he sido puntual.

Marg. Gracias. Tenemos que hablar, querido Conde.

Conde Si no hubiera usted cenado, yo la invitaría, y al cenar hablaríamos.

Marg. Pues, no... No es preciso. Conde, tenemos que hablar de cosas serias.

Conde ¿Cosas serias? Yo preferiría que hablásemos de cosas alegres.

Marg. No hay nada de lo dicho, si usted toma las cosas serias en tono festivo.

Conde No se enfade, Margarita. La escucho con absoluta seriedad.

Marg. Conde: ¿usted no tendrá la mala costumbre de llevar encima grandes cantidades?

Conde ¿Yo?... ¡Nunca!

Marg. ¿Pero sí llevará usted el libro de cheques?

Conde Eso quiere decir que usted necesita dinero.

Marg. Necesito quince mil francos.

Conde No es pequeña la necesidad. Y ¿han de ser los quince mil francos justos?

Marg. Sí; porque son los que debo.

Conde ¿De modo que va usted a pagar a sus acreedores?

Marg. Eso es lo que ellos quieren.

Conde Y ¿es... absolutamente preciso?

Marg. Absolutamente.

Conde Entonces... firmaré el cheque. Ya está dicho.

Sale MARIANA foro, con una carta.

Mar Señora: acaban de entregarme esta carta urgente para usted. (Vase.)

Marg. ¿Una carta a estas horas?... (Lee.) «Roberto». ¿Qué significa esto? «No me conviene representar un papel ridículo y mucho menos cerca de la mujer que quiero. La persona a quien usted esperaba, es el conde de Giray. Perdóneme usted el único defecto que tengo, el de no ser millonario, y olvidemos los dos que nos hemos conocido y que un instante brevísimo llegamos a creer que nos queríamos. Cuando reciba usted esta carta, yo habré salido de Paris.—Roberto.» (Pausa.) Una ilusión desvanecida. ¡Qué rabia!

Conde ¿Por lo visto, esa carta?...

Marg. Esta carta trae una buena noticia para usted.

Conde ¿Cómo?

Marg. Por esta carta, acaba usted de ganarse quince mil francos.

Conde Primera vez que me sucede esto.

Marg. Ya no tengo necesidad de lo que le pedía.

Conde ¿Sus acreedores se conforman con no cobrar? Es una gran galantería.

Marg. No. Es que yo estaba enamorada.

Conde ¿Usted?... Y ¿de quién?... Si puede saberse..

Marg. De un hombre que no me quería, cosa que sucede muy a menudo. De un hombre sin fortuna, cosa que pasa siempre. De un tal Roberto Duval. Puede usted leer la carta.

Conde ¡Celoso es el señor Duval! ¡Peor para él! (Le devuelve la carta.)

Marg. (Toca el timbre y deja la carta sobre la mesa.) Usted me había invitado a cenar...

Conde Y no he retirado el ofrecimiento. Seguramente, no me costará quince mil francos la cena. Y esto ya es una economía.

Marg. Acepto la invitación. Necesito que me dé el aire.

Conde El asunto tenía cierta gravedad. Está usted muy agitada.

Marg. Esto no tiene importancia.

A MARIANA, que aparece.

Dame un chal y un sombrero. El que tú quieras.

Vase MARIANA para salir en seguida con un chal y un sombrero.

Amigo mío, hay que tomarnos como somos.

Conde ¡Oh! Yo ya estoy acostumbrado a todo esto.

Mar ¿No tendrá frío la señora?

Marg. No.

Mar ¿Hay que esperar a la señora?

Marg. No. Acuéstate. Quizás no vuelva hasta muy tarde. ¿Vamos, Conde? (Vase con el Conde por el foro.)

Mar Mi señorita va contrariada, roja de ira... Por lo visto, la carta del señor Duval, le ha causado un efecto deplorable.

Sale PRUDENCIA.

Prud. ¿Ha salido Margarita?

Mar. Hace un instante.

Prud. ¿Sabes a dónde ha ido?

Mar. Supongo que a cenar.

Prud. ¿Con el conde de Giray?

Mar Sí.

Prud. ¿Le entregaste la carta del señor Duval?

Mar. ¡Claro!

Prud. Y ¿no te ha dicho nada?

Mar. Nada.

Prud. ¿Tardará mucho en volver?

Mar. Sospecho que sí.

Aparece MARGARITA foro.

Marg. Mariana...

Mar. ¡La señora!

Marg. ¡Ah, Prudencia!... Por usted he vuelto.. Y porque, efectivamente, hace más frío de lo que yo me figuraba.

Mar. ¿Lo ve usted? Le traeré un abrigo. (Vase.)

Marg. Diga usted a esos amigos que perdonen si

no ceno con ellos. Una invitación inesperada...

Prud. Yo he salido del comedor porque tengo un encargo para usted. Roberto está ahí todavía.

Marg. ¿Qué me importa?

Prud. Y quiere hablar con usted.

Marg. Y yo no quiero que me hable. Aparte de que no puedo. Me esperan abajo. Dígaselo usted.

Prud. Me libraré muy mucho de hacer semejante comisión. Sería capaz de bajar a desafiar al conde.

Marg. Pero él ¿qué quiere?

Marg. ¿Es que yo lo sé? ¿Es que lo sabe él mismo? Es un hombre enamorado y basta.

Sale MARIANA con un abrigo.

Mar. ¿Quiere la señora el abrigo?

Marg. Aún no. Déjalo ahí.

Prud. ¿Qué decide usted?

Marg. Ese muchacho acabará originando mi desgracia.

Prud. Entonces, no vuelva usted a verle. Es preferible que queden las cosas como están.

Marg. Acepto su consejo. (Pausa) Pero él ¿qué ha dicho?... ¿No ha dicho lo que quiere decirme?

Prud. Vamos, usted quiere que venga. Voy a llamarlo. Pero y ¿el Conde?,.

Marg. ¿El Conde?... Mariana: baja a decir al señor de Giray, que, decididamente, estoy mala y que no voy a cenar. Que me dispense, (Vase Mariana foro.)

Prud. Roberto... Tenga usted la bondad de venir. Usted solo.

Sale ROBERTO.

Rob. Margarita...

Prud. Yo los dejo a ustedes. Me lo dice la práctica. (Vase.)

Rob. Margarita...

Marg. ¿Qué quiere usted?

Rob. Quiero que me perdones.

Marg. No lo merece usted. Admito que fuera usted celoso y que me escribiese una carta

violenta; pero no una carta irónica e impertinente. Me ha causado usted mucha pena y mucho mal.

Rob. Y tú, Margarita, ¿no me lo has causado?

Marg. Habrá sido contra mi deseo.

Rob. Cuando yo comprobé que era el Conde quien venía a verte, que por él me alejabas de tu lado, me volví como loco, perdí la serenidad y escribí aquella carta. Pero estoy arrepentido. Te quiero yo mucho para no arrepentirme.

Marg. Hace mal. Había usted tomado una excelente resolución.

Rob. ¿Cual?

Marg. La de salir de París. ¿No me lo ha escrito usted?

Rob. ¿Es que yo podría hacerlo?

Marg. Es preciso.

Rob. ¿Preciso?

Marg. Por usted y por mí.

Rob. Pero...

Marg. Mi situación me obliga a no verlo a usted más.

Rob. ¿Es que no me quieres? Tú me aseguraste...

Marg. Reflexioné después, y he comprendido que es imposible. Ni yo le convengo a usted, ni usted a mí. ¿Para qué hemos de seguir más adelante?

Rob. No me hablabas así hace un momento, cuando me anunciabas la probabilidad de pasar algunos meses a tu lado, solos, lejos de París, lejos de su gente... ¡Qué daño me hace despertar de esa esperanza y encontrarme con esta realidad!

Marg. (Con melancolía.) Es verdad... Yo había pensado: «Un poco de reposo me sentará bien... El muestra interés por mi salud... Si hubiera modo de pasar tranquilamente el verano, a su lado, en el campo, al pie de una montaña, esto me serviría mucho para los días malos del invierno.» Al cabo de tres o cuatro meses volveríamos a París, nos daríamos un apretón de manos, y quedaría una excelente amistad de los restos de nuestro amor. Esto ya sería mucho; porque el amor que se

puede tener hacia mí, por exagerado que se crea, no suele servir para que se convierta luego en una buena amistad. Tú no lo has querido. Tu corazón es un gran señor que no quiere aceptar nada. No hablemos más. Rectifiquemos a tiempo nuestra equivocación.

Rob. ¡Margarita, tú estás loca! ¡Yo te quiero mucho! Esto no quiere decir que tú eres bonita y que me gustarás tres o cuatro meses. Tú eres toda mi esperanza, todo mi pensamiento, toda mi vida... ¡Yo te quiero muchísimo! ¿Qué más puedo decirte?

Marg. Entonces, tienes razón... Lo mejor es que no volvamos a vernos desde ahora mismo,

Rob. Sí... Porque tú no me quieres.

Marg. Porque... ¡Tú no sabes lo que dices!

Rob. ¿Por qué entonces?

Marg. ¿Por qué?... ¿Tú quieres saberlo? Porque hay horas en que empezado este ensueño, le hago llegar hasta el final. Porque hay días en que me arrepiento de la vida que llevo y entreveo otra... Porque en medio de nuestra existencia turbulenta, nuestra cabeza, nuestro orgullo, nuestros sentidos viven; pero nuestro corazón se atrofia, y no pudiendo explayarse, acaba por ahogarnos. Nosotras parecemos felices, y se nos envidia. En efecto, nosotras tenemos amantes que se arruinan, no por nosotras como ellos dicen, sino por su vanidad. Nosotras somos las primeras en su amor propio; las últimas en su estimación. Nosotras tenemos amigos, amigos como Prudencia, cuya amistad llega hasta el servilismo, pero nunca hasta el desinterés. Poco les importa lo que nosotras hacemos; la cuestión es que se las vea en nuestras casas o dándose tono en nuestros coches. Así, todo lo que nos rodea es ruina, vergüenza y miseria. Yo soñaba muchas veces, sin decírselo a nadie, con encontrar un hombre bastante educado, que no me pidiera cuentas de nada y que quisiera ser el amante de mis ilusiones. Soñando como siempre te he encontrado a ti, joven, vehemente, dichoso... El interés que has demostrado por mi salud, tus visi-

tas misteriosas durante mi enfermedad, tu franqueza, tu entusiasmo... todo me impulsaba a ver en ti esa ilusión que yo ambicionaba desde el fondo de mi ruinosa soledad. En un minuto, como una loca, he construído todo un porvenir basado en tu amor, he visto el campo, la felicidad, la pureza; me he acordado de mi infancia, siempre ha habido una infancia, cualquiera que sea el rumbo de la vida... Pero era desear lo imposible... Una sola palabra tuya me lo ha demostrado. Tú querías saberlo todo. Ya lo sabes.

Rob. ¿Y crees que después de esas palabras voy a dejarte? Cuando la felicidad viene a nosotros, ¿vamos a huir de ella? No, Margarita; no... Tu sueño se cumplirá. Te lo juro.

Marg. No me engañes, Roberto. Piensa que una emoción violenta puede matarme. Fíjate bien en quien yo soy y en lo que yo soy.

Rob. Tú eres un ángel y yo te adoro.

Aparecen PRUDENCIA, OLIMPIA y SAINT-GAUDENS.

Olimp. ¡Hemos descubierto el secreto!

Saint Tras de la tempestad viene la calma.

Prud. Esto ya lo había previsto mi experiencia.

Aparece MARIANA.

Mar. Señora... Han traído esta carta para usted.

Marg. ¡Vamos! Esta es la noche de las cartas. ¿De quién será?

Mar. Es del señor conde, y esperan contestación.

Marg. (Rompe la carta sin abrirla y la tira a la chimenea.) ¡Dí que no la tiene! (Echándose en los brazos de Roberto.) ¿Verdad, Roberto?

Rob. ¡Verdad, Margarita! (Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En Auteuil. Salón de una casa de campo. Puerta al foro, que da al jardín. Puertas laterales. Es de día.

(Al levantarse el telón está en escena MARIANA, recogiendo un servicio de té que hay sobre una mesita. Al momento sale PRUDENCIA, por el foro.)

Prud. ¿Dónde está Margarita?

Mar. En el jardín, con la señorita Nichette y el señor Gustavo, que pasan aquí el día.

Prud. ¿Y el señor Duval?

Mar. Salió esta mañana temprano. Me pareció entender que iba a París.

Prud. Voy a buscar a Margarita.

Mar. No es preciso que se moleste. Hacia aquí viene ella.

Sale MARGARITA. Mariana, que la ha dejado pasar, vase por igual sitio.

Marg. ¡Hola, Prudencia! ¿Empeñó usted los diamantes?

Prud. Sí. Aquí tiene usted el dinero y las papeletas.

Marg. ¿Fué usted a ver al agente de negocios que le indiqué?

Prud. Sí. Probablemente, se quedará con el coche y con los títulos del Banco. Me ha dicho que vendrá hoy mismo a tratar con usted.

Marg. Muchas gracias, mi buena Prudencia.

Prud. Un paso he dado en París por mi cuenta. Para ver si era posible evitar todos esos sacrificios, he ido a visitar al señor duque.

Marg. Que no la habrá recibido

Prud. Que sí me ha recibido. Pero que insiste en su negativa de dar a usted la menor cantidad en tanto que no despida para siempre al señor Duval.

Marg. Es inútil. Ya he dicho mil y mil veces que Roberto es para mí lo primero del mundo. Por él y por nuestra felicidad estoy dispuesta a los mayores sacrificios.

Prud. Ya, ya lo estoy viendo. Y, por cierto, me ha dicho Mariana que el señor Duval está en París...

Marg. Sí. Ha tenido que ir por unas horas para arreglar un asunto, que se ha negado a revelarme; pero asegurando que ha de ser el complemento de nuestra felicidad.

Prud. Así sea. ¡Ah! Por si acaso no lo sabe usted... Acabo de ver en Auteuil, y muy cerca de esta casita, al señor Varville.

Marg. Lo sabía. El señor Varville es un enigma. Por lo visto, disfruta viéndose despreciado. ¡Allá él! Hablemos de otra cosa. Usted no habrá almorzado.

Prud. No, hija. Y estoy que me caigo de debilidad.

Marg. Vaya usted al comedor. Mariana le servirá todo lo que desee.

Prud. ¡Qué buena es usted y qué lástima!...

Marg. ¡Vamos, Prudencia!

Prud. Ya, ya voy. (Vase.)

En este momento aparecen por el foro NICHETTE y GUSTAVO.

Nich. Es un jardín encantador.

Gust. Es un verdadero paraíso.

Marg. Pues aquí vivimos Roberto y yo desde hace tres meses en plena felicidad.

Nich. ¡Por fin eres feliz, Margarita!

Marg. ¡Por fin, Nichette!

Nich. ¿Ves ahora lo que yo te decía? La felicidad verdadera está en la tranquilidad del espíritu y en la pureza del corazón. ¡Cuántas

veces lo hemos dicho Gustavo y yo!... «¡Ojalá llegue Margarita a enamorarse de alguno y a llevar una existencia más tranquila!»

Marg. Vuestro deseo se ha realizado. Estoy enamorada y soy feliz. Quizás me ha impulsado a ello el veros a vosotros enamorados y felices ¡Qué! ¿Cuando os casais?

Nich. Cuando el tío de Gustavo no sea tan duro de corazón. Por mi culpa lo ha desheredado. Pertenece a aquella raza de tíos que se figuraban que las grisetas venían al mundo para arruinar a los sobrinos.

Gust. El cambiará. Desde que soy abogado lo noto mucho más indulgente.

Nich. No te lo había dicho. Gustavo es abogado. Ya ha tenido un triunfo en la Audiencia. Yo asistí emocionada. Su defendido...

Marg. ¿Fué absuelto?

Gust. No. Lo condenaron a diez años de trabajos forzados.

Nich. Afortunadamente.

Marg. ¿Cómo afortunadamente?

Nich. El hombre que él defendía era un criminal empedernido. La abogacía es una profesión endiablada. Un abogado es un hombre ilustre cuando él puede decirse: «Yo tenía en mis manos un facineroso que había matado a su padre, a su madre y a sus hijos... Peró yo tengo talento, he conseguido que le absuelvan y he devuelto a la sociedad este adorno que le faltaba.»

Marg. ¿De modo que, ya abogado, iremos pronto a la boda?

Gust. ¿A qué boda?

Nich. A la nuestra. ¡Ni que te hubieras vuelto tonto de repente! El final de estos amores, como el de las comedias, siempre es casarse. Tú también te casarás, Margarita.

Marg. ¿Yo?...

Nich. ¡Claro! Con Roberto.

Marg. ¿Roberto?... Tiene el deber de quererme; pero no el de casarse conmigo. Yo quiero apoderarme de su corazón; pero no de su nombre. Hay cosas que una mujer no puede borrar de su pasado, y no debe poner a nadie en el caso de que se las reproche. Si yo

quisiera que Roberto se casara conmigo, se casaría en seguida; pero le quiero yo mucho para exigirle semejante sacrificio. Feliz, con una felicidad que no esperaba nunca, me limito a dar gracias a Dios y no quiero tentar a la Providencia.

Nich. Tú sabrás lo que más te conviene.

Marg. Puesto que sois mis mejores amigos, os diré todos mis proyectos. Sin que Roberto sepa una palabra, voy a vender todos los muebles de mi casa de París, a la que ya no quiero volver. Pagaré todas mis deudas, alquilaré un cuartito cerca del vuestro, lo amueblaré muy sencillamente, y allí viviremos los dos, olvidando y olvidados. En el verano vendremos al campo; pero a una casa más humilde que ésta. ¿Dónde están esas gentes que preguntan qué es la felicidad?... Vosotros me habeis enseñado en qué consistía, y ahora yo puedo decírselo a todo el mundo.

Aparece MARIANA, foro.

Mar. Señora... Aquí hay un caballero, que desea hablar con usted.

Marg. Sin duda, es el agente de negocios que estoy esperando. ¿Quereis tener la bondad de pasar al comedor? Allí está Prudencia.

Nich. Lo que tú digas.

Marg. Perdonadme. Es el primer paso de mis proyectos. Iré en seguida.

Gust. Por nosotros no se preocupe. (Vase con Nichette.)

Marg. Puede pasar ese caballero. (Mariana hace seña.)

Aparece el señor DUVAL por el foro. Vase Mariana.

Jorge ¿La señorita Margarita Gautier?

Marg. Soy yo, caballero. ¿A quién tengo el honor?...

Jorge Jorge Duval.

Marg. ¡Jorge Duval!

Jorge Sí, señorita; el padre de Roberto.

Marg. (Turbada.) Roberto no está aquí, caballero.

Jorge Lo sabía. Es a usted a quien deseo hablar. Si quiere usted escucharme.

Marg. ¿Por qué no?

Jorge Mi hijo, señorita, se compromete y se arruina por usted.

Marg. ¡Se equivoca usted, caballero!

Jorge ¿Entonces qué significa esta carta de mi notario, en donde se me advierte que Roberto quiere ceder a usted las rentas que le corresponden por su madre?

Marg. Le aseguro a usted que yo ignoro esto por completo. Y si él llegara a ofrecerme lo que usted dice, yo lo rehusaría... Lo hubiese rehusado aun no habiéndole conocido a usted.

Jorge Antes no hablaba usted así.

Marg. Es verdad. Antes mi corazón no quería.

Jorge Y ahora... ¿sí?

Marg. ¡Ahora sí! Ahora quiere con toda la pureza que una mujer puede encontrar en el fondo de su corazón cuando Dios ha tenido piedad de ella y la ha enviado el arrepentimiento,

Jorge Veo que domina usted las frases de relumbrón.

Marg. Oigame usted, por Dios... Yo sé que se cree poco en los juramentos de las mujeres como yo... Pero yo le juro a usted por mi vida y por el amor de mi Roberto que yo ignoraba la cesión a que se refiere esa carta.

Jorge Sin embargo... Usted necesitará para vivir...

Marg. Me obliga usted a decirle algo que quisiera callarme. Después de conocer a Roberto, y para que su amor no se pareciera a otros amores que de nombre lo eran nada más, yo he empeñado o vendido pieles, diamantes, alhajas... y ahora, precisamente hoy, he de vender los muebles, el coche, los cuadros, el resto de un lujo que a usted le producía más inquietud que indignación.

Jorge ¿Quiere decirse que me he engañado?...

Marg. O mejor aún: que le han engañado. Sí; yo he sido una loca, he tenido un pasado muy triste; pero para borrarlo, ahora que quiero de verdad, yo daría hasta la última gota de mi sangre. Y es que yo tengo corazón; es que yo soy buena. Ya lo comprenderá usted cuando me conozca mejor.. Y ha sido Ro-

berto quien me ha transformado. Me ha querido y me quiere. Usted es su padre y usted será bueno, como lo es él... Y yo le suplico que no le diga nada malo de mí, porque él, que lo quiere a usted, acabará por creerlo... Y yo le estimaré, yo le respetaré a usted siempre, porque es usted su padre.

Jorge Y yo le pido perdón por la manera de haberme presentado. No la conocía y no podía prever todo lo bueno que descubro en usted. Indignado por el silencio y la ingratitud de mi hijo, he venido para acusarla. Perdóneme usted.

Marg. Lo que hago es agradecerle estas buenas palabras.

Jorge Margarita: la bondad que he descubierto en las suyas me obliga a cambiar de táctica y a suplicar a usted que dé a Roberto la mayor prueba de amor que podría darle.

Marg. Tiemblo ante la sospecha de lo que va usted a decirme. ¡Esto había de llegar! ¡Era yo demasiado dichosa!

Jorge Usted tiene un corazón noble y usted sabrá escuchar a un padre que viene a pedirle la felicidad de sus dos hijos.

Marg. ¿De sus dos hijos?

Jorge Margarita... Yo tengo una hija joven, linda, pura como un ángel. Ella quiere a un hombre de su edad, ella ha hecho también de ese amor la esperanza de su vida; pero es que ella sí tiene derecho a ese amor. La familia del prome ido de mi hija Blanca es una familia honorable y quiere que todo sea honorable en la mía. La sociedad tiene sus exigencias, y, sobre todo, la sociedad de provincias. Aquella familia ha sabido el modo de vivir de Roberto y ha resuelto no consentir la boda si Roberto continúa esta vida. El porvenir de una muchacha que ningún mal le ha hecho está ahora en manos de usted. Margarita, yo le ruego que no destruya la felicidad de mi hija.

Marg. Voy a darle a usted una prueba de mi bondad y de mi respeto. Tiene usted razón, señor Duval. Saldré de París, me alejaré de

Roberto durante algún tiempo. Esto me será doloroso; pero lo hago por usted... para que no tenga nada que reprocharme. Y, después de todo, la alegría del regreso hará olvidar el pesar de la separación. Usted permitirá que él me escriba a menudo, y cuando su hermana se haya casado...

Jorge No... No se trata de eso. No basta con una ausencia momentánea.

Marg. ¿Cómo?... ¿Usted quiere que yo deje a Roberto para siempre?

Jorge Es necesario.

Marg. ¡Eso nunca! Usted ignora cómo nos queremos... Usted ignora que yo no tengo amigos ni parientes... Que él me ha perdonado y que ha jurado ser mío para siempre... Que yo ya no vivo más que por él y para él... Usted ignora que yo sufro una enfermedad mortal y que me quedan muy pocos años de vida... Obligarme a vivir sin Roberto es matarme antes... ¡Es matarme en seguida!

Jorge Vamos, vamos... Un poco de calma y no exageremos. Usted es joven, bella, y toma por enfermedad lo que sólo es cansancio de una vida agitada. Yo le pido a usted un sacrificio enorme, lo sé; pero que fatalmente está obligada a hacer. Escúcheme... Usted conoce a Roberto desde hace tres meses y lo quiere mucho... Pero un amor tan joven, ¿tiene derecho a matar todo un porvenir?

Marg. Nuestro amor será eterno. El será feliz siempre.

Jorge Ese es el sueño. Vengamos ahora a la realidad. Esta unión de ustedes no es la consecuencia de dos afecciones puras... Es la pasión, una pasión terrenal y humana, nacida del capricho del uno y de la fantasía del otro. ¿Qué quedará cuando la vejez llegue? ¿Quién le dice a usted que las primeras arrugas de su frente no descorrerán la venda de sus ojos, y que su ilusión no se desvanecerá con la juventud?

Marg. ¡Oh! Si esa fuera la realidad...

Jorge Convénzase, Margarita... Usted y mi Roberto iban por dos caminos opuestos; el azar los ha reunido un instante; pero la razón los se-

para y ya para siempre. Ha sido usted feliz tres meses... No insista en una felicidad que no puede continuar. Guarde usted este recuerdo en su corazón; haga usted el bien que se le pide... Día llegará en que se sienta usted orgullosa de lo que hoy haga... Este sacrificio puede quitar el amargor de muchas maldades... Un hombre que conoce la vida es el que habla de este modo... El que hace la súplica es un padre.

Marg. (A ella misma.) ¡Quiere decirse que cambie o no, la criatura caída no se levantará nunca!... Dios tal vez la perdone; pero el mundo será inflexible con ella. ¿Con qué derecho pretendes tú reinar en un corazón donde sólo la virtud debe tener su trono? ¡Tú quieres fielmente!... ¿Qué importa? La razón demostrará que no, por muchas que sean tus pruebas. ¿A qué viene hablar de amor y de porvenir?... Mira en el fango de tu pasado... ¿Qué hombre querría llamarte su esposa? ¿Qué hijo querría llamarte su madre? Tiene usted razón, caballero, en todo lo que me dice. Muchas veces me lo he dicho yo con terror... pero como era yo sola a decírmelo, acababa por no escucharme. Usted me lo repite y ahora comprendo la realidad. Es necesario obedecer y obedezco... Ha invocado usted el nombre de su hija, y yo le ruego que algún día, cuando pasen los años, le diga que ha existido una mujer que no tenía más que una esperanza, un pensamiento, un sueño en este mundo, y que a la invocación de su nombre aquella mujer renunció a todo, destrozó su corazón entre sus manos y murió. Porque yo moriré pronto, muy pronto... y tal vez, entonces... ¡me perdonará Dios!

Jorge ¡Pobre mujer!

Marg. Seguiré su consejo. Calma, mucha calma. Pide usted que me separe de su hijo por su felicidad y por su porvenir. Ordéneme lo que he de hacer para obedecerle.

Jorge Es necesario que le diga usted que no le quiere.

Marg. (Sonriendo con tristeza.) No me creerá.

Jorge Es necesario alejarse.

Marg. Me seguirá.

Jorge Veo que no quiere usted acceder a mi súplica.

Marg. Por Dios... Tranquilícese usted... Lo mejor es que Roberto me aborrezca... ¡Le juro a usted que me aborrecerá!

Ha tocado el timbre y aparece MARIANA.

A Prudencia que tenga la bondad de venir.

Jorge Margarita, ¿qué puedo yo hacer por usted a cambio de este favor que voy a deberle?

Marg. Usted podrá, después de mi muerte, y cuando Roberto maldiga mi memoria... usted podrá confesarle que yo le quería con toda mi alma y que lo he sabido demostrar.

Jorge Yo no olvidaré nunca este momento.

Marg. Ni yo tampoco.

Jorge Adiós, Margarita.

Marg. Adiós, señor Duval. Ya no volveremos a vernos nunca. Que sea usted feliz... Que sea usted muy feliz. (Vase Duval foro. Margarita, nerviosísima, se sienta y escribe dos cartas.) ¡Dios mío!... Dame valor y fuerzas...

Aparece PRUDENCIA.

Prud. Margarita...

Marg. Un instante, Prudencia... Voy a encargarla de dos comisiones delicadísimas.

Prud. Lo que usted mande. Está usted muy agitada. ¿Ha sucedido algo?

Marg. (Levantándose y entregando a Prudencia las dos cartas.) Poca cosa. Va usted a procurar que estas cartas lleguen a manos de los destinatarios.

Prud. «Señor Varville...» Pero...

Marg. ¡Señor Varville!

Prud. «Roberto Duval...»

Marg. Es preciso que reciba la carta antes de que regrese a esta casa.

Prud. La recibirá. Algo grave ha pasado, ¿verdad, Margarita?

Marg. Ya lo sabrá usted. Ahora no pierda minuto.

Prud. Voy en el acto. Siempre a sus órdenes. (Vase foro.)

Marg. ¡Todo esto es una infamia!... ¡Una infamia terrible! ¡Para él y para mí!... (Solloza colocando la cabeza entre las manos.)

Salen NICHETTE y GUSTAVO.

Nich. Margarita... ¿qué es eso?

Marg. No... nada... Ya lo sabréis... Contrariedades de la vida... de mi vida...

Gust. Si hemos sido inoportunos...

Nich. Si somos indiscretos...

Marg. De ninguna manera. Sois mis mejores amigos y debéis conocer todas mis ideas y todos mis secretos.

Nich. Yo nunca los tuve para ti.

Marg. Precisamente. Pues sabréis que he decidido dejar a Roberto.

Gust. ¿Dejar a Roberto?

Nich. ¿Y por qué?

Marg. Porque se debe dejar a los hombres antes de que los hombres nos dejen.

Nich. ¡Es asombroso lo que tú dices!

Marg. Pues así es. Y, además, sabréis que ya lo he sustituído en mi corazón.

Nich. ¿Ya?

Gust. Yo creo que todo es una broma de Margarita.

Marg. Está usted equivocado. El sustituto se llama Varville.

Nich. Menos mal.

Marg. ¿Cómo?

Nich. El sustituto te evitará los apuros que te aguardaban... Pagará tus deudas.. Es hombre adinerado y te recuperará el coche, los caballos, las alhajas... todo tu lujo de antes. Hay hombres que parecen nacidos expresamente para esto.

Gust. Usted me va a perdonar, Margarita... Pero yo insisto en mi incredulidad.

Marg. Poco tiempo ha de tardar para que usted acabe convencido.

Nich. (Que ha subido al foro.) Margarita... Viene Roberto... Lo he visto en la puerta del jardín... Parece vacilante...

Marg. ¡Dios mío!... No tengo valor para presentarme ante su vista. Gustavo... Yo voy con Nichette al comedor... Hable usted con él.. Pídale que me perdone y que me olvide .. Vamos, Nichette...

Nich. ¡Vamos, mi pobre amiga!... ¿Ahora me reve-

larás todo el secreto?... Todo el secreto...
(Vanse Margarita y Nichette.)

Gust. La comisión no es muy agradable que digamos.

Sale ROBERTO, foro.

Rob. ¡Hola, Gustavo! ¿Dónde está Margarita?

Gust. Ahora mismo salió de aquí con Nichette.

Rob. Eso es que me ha visto llegar y me huye. ¡Ay, querido Gustavo, qué incógnita tan desesperante es el corazón de cada mujer!

Gust. Por eso, la felicidad del hombre estriba en saber perdonar y en saber olvidar.

Rob. Usted conoce algo de este misterio... Yo le exijo que me lo revele.

Gust. Y yo le doy mi palabra de caballero de que ignoro la causa. Conozco únicamente la consecuencia.

Rob. Margarita se ha rendido a lo que yo temía. Al oro maldito, que puede más que el amor y que dobla las conciencias más fuertes. En realidad, una mujer que ha sacrificado su nombre, su juventud y su hermosura a la satisfacción o a la exigencia del dinero, tiene derecho a impedir que su corazón desdeñe lo único que justifica su caída. Yo lo comprendí desde el primer momento, y hoy... precisamente hoy, había puesto los medios para impedir que Margarita llegara a lamentar que su corazón estuviera en manos de un hombre sin fortuna.

Gust. Realmente, la intención no puede ser más noble.

Rob. Pues cuando yo regresaba de París, con la alegría de haberlo conseguido, Prudencia ha salido a mi encuentro y me ha entregado esta carta de Margarita.

Gust. (Después de leerla con la vista.) Yo ignoraba...

Rob. Sea usted sincero. Usted sabía que el sustituto era Varville, ese ricachón intolerable.

Gust. Eso lo sabía. Ignoraba que Margarita hubiese escrito esa carta.

Rob. Prudencia, en la que fío poco, porque es sobrado interesada, se encogió de hombros cuando yo le pregunté y siguió su camino indiferente a mi amargura y a mi estupor.

Yo me quedé indeciso. El golpe era tan inesperado que creí volverme loco. Compréndalo usted, Gustavo. ¡Engañarme ella! ¡Margarita!... ¡A mí, que la quería tanto! Decididamente, estas mujeres no tienen alma. Hubo un momento en que pensé en huir, en alejarme sin hablarla y para siempre... Pero esto era imposible... He querido yo mucho a esta mujer para que en un segundo se me hubiese hecho indiferente. Y pensé que debía venir, que debía verla, que debía escuchar de sus labios la confirmación de lo que ella me había escrito.

Gust. Roberto, mi consejo leal...

Rob. Es inútil, querido Gustavo. Vengo resuelto a hablarla. Apelo a su amistad, y le ruego que me haga un favor señaladísimo.

Gust. ¿Llamar a Margarita?

Rob. Llamar a Margarita. No vacile usted. Le prometo que la entrevista será enojosa; pero no temible.

Gust. Usted es un hombre de buen juicio y hará lo que deba hacer. Voy a complacerle. (Vase. Roberto lee con la vista la carta.)

Rob. Parece increíble. . increíble...

Sale MARGARITA.

Marg. Roberto...

Rob. ¡Margarita!...

Marg. Yo te suplico que me escuches con calma, con absoluta tranquilidad.. No me preguntes... Roberto, en nombre de nuestro amor pasado, por el recuerdo de tu madre y por la felicidad de tu hermana, aléjate de mí, vuelve al lado de tu padre, y olvida hasta mi nombre, si es que tú puedes.

Rob. No sé si podré; pero sí sé que lo mereces. Y no temas que pregunte... Voy a afirmar. Esta traición tuya no ha debido sorprenderme. Debí esperarla y no confiar en lo que no puede confiarse.

Marg. Yo no quería... pero es indispensable que te explique el por qué de esa carta... de esta resolución mía... que es infame... y no es sólo por mi culpa... Te lo juro...

Rob. No es preciso que te molestes en decírmelo.

Te lo diré yo mismo. Tú has aceptado un amante rico, poderoso, porque eres una mujer sin conciencia y sin lealtad, porque tu amor pertenece a quien lo paga, porque te ha faltado valor ante el sacrificio de vivir unida a un hombre sin fortuna... y tus instintos te han hecho retroceder y arrepentirte... y, en fin, porque este hombre que te consagraba su vida, que te entregaba su honor... este hombre humilde no valía para ti lo que los caballos de tu coche y los diamantes de tu cuello.

Marg. Pues bien, sí; yo he hecho todo eso. Sí; yo soy una infame y miserable criatura que no te quería, que te ha engañado. Por eso... cuanto más infame soy yo, menos debes tú acordarte de mí. Roberto, te lo pido de rodillas: vete, huye también de París, y no mires hacia detrás.

Rob. Así lo haré; pero con una condición.

Marg. Que yo acepto, sea la que quiera.

Rob. Que tú... que tú partirás conmigo.

Marg. ¡Eso nunca!

Rob. ¡Nunca! ..

Marg. ¡Dios mío, dame valor!

Rob. Escucha, Margarita... Yo estoy loco, febril... mi sangre arde, mi cerebro quiere estallar, me encuentro en ese estado de pasión en que el hombre es capaz de todo, ¡hasta de una infamia! He creído un momento que era el odio lo que me empujaba hacia ti... Pero, no... Era el amor, amor invencible, amor fiero, aumentado ahora por el remordimiento, por el desprecio y por la vergüenza... porque yo me desprecio al sentirlo todavía después de lo que ha pasado. Pero no importa... Dime una palabra de arrepentimiento, echa la culpa de tu falta al azar, a la fatalidad... y yo lo olvidaré todo. ¿Qué me importa ese hombre? Yo no le odio más que porque tú has podido un instante escuchar sus proposiciones. Dime solamente que me quieres todavía, y yo te perdonaré, Margarita. Huiremos de París, borraremos el pasado, nos iremos al fin de la tierra si es preciso, hasta que no encontremos ningún

ser humano y nos hallemos solos en el mundo con nuestro amor.

Marg. Yo daría el resto de mi vida por una hora de esa felicidad que me propones; pero esa felicidad es imposible.

R b. ¿Insistes todavía?

Marg. Nos separa un abismo... Juntos seríamos muy desgraciados... No podemos querernos. Aléjate de mí... Es preciso... Lo he jurado...

Rob. ¿A quién?

Marg. A quien tiene el derecho de exigirme ese juramento.

Rob. ¡Dilo de una vez! ¡A ese canalla de Varville!

Marg. Sí... justo...

Rob. ¡A ese canalla de Varville, que es a quien tú prefieres! ¡Dime que sí, que lo prefieres, y me alejaré para siempre!

Marg. Pues bien, sí... Lo prefiero y le he entregado mi corazón.

Rob. ¡Miserable! (La tira al suelo y levanta la mano como para pegarla. Se arrepiente y llama. Ella llora.) ¡Gustavo! ¡Nichette! ¡Vengan ustedes!

Salen NICHETTE y GUSTAVO.

¿Ven ustedes esa mujer?...

Los dos ¡Margarita!... (Nichette corre a levantarla.)

Rob. Sí, Margarita. ¿Saben ustedes lo que ha hecho? Ha vendido todo lo que poseía para vivir conmigo. ¡Era muchísimo lo que me quería! Rasgo hermoso, ¿verdad? Y ¿saben ustedes lo que yo he hecho en cambio? Me he portado como un miserable. He aceptado el sacrificio sin darle absolutamente nada. Pero nunca es tarde... Hoy me he arrepentido; fuí a París a pedir el dinero necesario y he regresado dispuesto a reparar mi falta. Ustedes son testigos de que no le debo nada a esta mujer. (Arroja a Margarita varios billetes de banco.)

Marg. ¡Madre mía! (Cae desmayada sobre Nichette.)

Rob. Y ahora, que ya no le debo nada... Amigos míos... ¡adiós para siempre! (Desde la puerta del foro.) ¡Para siempre! (Desaparece. Cuadro y telón rápido.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Gabinete de Margarita. Puerta al foro. Balcón. Chimenea

—

(Al hacerse la mutación, MARGARITA está echada sobre una «chaise-longue» y cubierta con una manta. Duerme. MARIANA, de pie, la contempla con tristeza. La escena casi a oscuras. El balcón entornado.)

Mar. Descansa, pobrecita; descansa. Has pasado una noche horrible. (Pausa.) Parece que se nota algo de frío. Avivaré la chimenea. (Lo hace.)

Marg. (Despertando.) Mariana... tengo sed.

Mar. En seguida, señora. (Prepara una taza de tisana, que da a beber a Margarita.) Vea usted si está bien de azúcar.

Marg. Sí. (Devuelve la taza a Mariana.) ¿He dormido mucho?

Mar. Unas dos horas. Más hubiera usted dormido; pero charlando y charlando se pasó usted casi toda la noche...

Marg. Es que el hablar me distrae... Mientras hablo contigo no pienso en mi mal ni en mi desgracia.

Mar. ¿Cómo se encuentra usted ahora?

Marg. Mejor... Bastante mejor... Pero tú estarás cansadísima, mi buena Mariana.

Mar. Un poco... Casi nada... Yo también he dormido... No se preocupe usted... Yo estoy fuerte y puedo resistir las malas noches.

Marg. Abre más el balcón. Quiero que entre la luz del día. ¡Otro día más! (Mariana abre las maderas del balcón y mira a través de los cristales.)

Mar. Ya viene el Doctor.

Marg. ¡Qué hombre tan bueno! Su primera visita es siempre para mí. Mariana, ayúdame a levantarme.

Mar. Pero si está usted bien así.

Marg. No. Me parece que estoy peor. Dame la mano.

Mar. Como usted quiera.

Marg. Pero si no puedo... si no puedo... ¡Estoy muy débil!... ¡No valgo nada!

Sale el DOCTOR por foro.

Doctor Muy buenos días, enfermita.

Marg. Buenos días, Doctor. ¡Cada vez viene usted más tempranito!... Es usted muy amable... Mariana, ¿quieres preguntar si ha habido alguna carta? (Vase Mariana foro.)

Doctor Venga esa mano. ¿Cómo se encuentra usted?

Marg. Peor y mejor. Peor de cuerpo y mejor de espíritu. Anoche creí que me moría... Tuve tal miedo que hice venir a un confesor. Yo estaba triste, desesperada, sentía horror al pensar en la muerte... Pero llegó aquél hombre, habló conmigo, cosa de una hora y la desesperación, el terror, los remordimientos... todo desapareció como por encanto. Hablé luego con Mariana de todo esto y de muchas más cosas, sentí sueño, me quedé dormida y ahora mismo acababa de despertar.

Doctor Bien, bien... Esto marcha a las mil maravillas. Le prometo que en los primeros días de la primavera estará usted completamente curada.

Marg. Gracias, Doctor... Me habla usted así, porque es su deber. Cuando Dios dijo que la mentira sería un pecado, hizo una excepción para los médicos, y les ha permitido que mientan tantas veces al día como visitas hagan a sus enfermos.

Sale MARIANA con algunos paquetes.

¿Qué traes ahí?

Mar. Unos cuantos regalos.

Marg. ¡Ah, sí! Hoy es día de Año Nuevo. ¡Cuántas cosas en doce meses!... Hoy hace un año, a esta hora, estábamos en la mesa, cantábamos, reíamos, saludábamos al año nuevo con la misma sonrisa que habíamos despedido al año viejo. ¿Dónde está aquél tiempo, mi buen Doctor, en que yo reía... en que yo aún reía?... (Abre los paquetes.) Una sortija, con la tarjeta de Saint-Gaudens.

¡Excelente corazón! Un brazalete, con la tarjeta del conde de Giray, enviado desde Londres. ¡Qué asombro le produciría al verme en este estado!... Dos cajitas de bombones... Vamos, los hombres no son tan olvidadizos como yo creía. Tiene usted una sobrinita, ¿verdad, Doctor?

Doctor Sí. Una tengo.

Marg. Llévele usted todos estos bombones... Es mi humilde aguinaldo. ¡Ah! Pero si aquí hay una carta... ¿Quién me escribirá?... (Abre la carta y lee.) «Mi querida Margarita: Perdona que no haya ido a verte en tanto tiempo. He estado aturdida, atareadísima... Pero para que veas que no te olvido, quiero que no faltes al acto más dichoso de mi vida. Me caso el día uno de Enero. Era el regalo de Año Nuevo que me reservaba Gustavo. Espero que no serás la última que asista a la ceremonia; ceremonia muy sencilla, muy humilde y que se verificará a las nueve de la mañana en la capilla de Santa Teresa de la iglesia de la Magdalena. Un abrazo con todo mi corazón. Nichette » ¡Hay felicidad para todo el mundo, menos para mí!...

Doctor Vamos, no hay que entristecerse. Esto va mejor, y también llegará por aquí la felicidad. Hasta mañana. Hoy me voy más animado que nunca.

Marg. Gracias... Muchas gracias... Mariana, acompaña al Doctor.

Doctor (A Mariana, haciendo mutis por el foro.) Está muy mal. Hay que tener muchísimo cuidado.

Marg. Creen que no les oigo, que no los comprendo... «Llegará la felicidad...» Si la felicidad es la muerte, tiene razón el Doctor... ¡Llegará la felicidad!

Aparece PRUDENCIA foro.

Prud. ¿Hay permiso?

Marg. Sí. Adelante, Prudencia.

Prud. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

Marg. Mejor. Muchas gracias.

Prud. Margarita... yo tengo que pedirle un favor...

Marg. Usted dirá.

Prud. Es cuestión de dinero. De muy poco dinero.

Marg. Usted sabe que desde hace tiempo vivo bastante apurada. Pero no importa... Dígame usted...

Prud. Hoy es día de Año Nuevo... He de hacer algunos regalos y necesito doscientos francos. ¿Puede usted préstármelos hasta fin de mes?

Marg. (Levanta los ojos al cielo.) ¡Hasta fin de mes!

Prud. Si a usted no le es posible...

Marg. Yo necesito el poco dinero que me queda.

Prud. Entonces...

Marg. ¡Qué importa! Abra usted ese cajón. ¿Cuánto hay?

Prud. Quinientos francos.

Marg. Coja usted los doscientos que necesita.

Prud. ¿Tendrá usted bastante con el resto?

Marg. Es lo que me hace falta. No se preocupe por mí.

Prud. Me hace usted un favor grandísimo.

Marg. Lo celebro en el alma.

Prud. La dejo a usted. Volveré a verla. Hoy tiene usted mejor cara.

Marg. Me encuentro casi bien.

Prud. Los días buenos llegarán pronto. El aire del campo acabará su curación.

Marg. Así lo espero.

Aparece MARIANA foro.

Prud. Adiós, Margarita. Mil y mil millones de gracias. (Vase por el foro.)

Mar. ¿Habrá venido a pedirle dinero?...

Marg. Como siempre.

Mar. ¿Y usted se lo ha dado?

Marg. ¡Es tan poca cosa el dinero, y ella tenía un apuro tan grande!... Sin embargo, nosotras necesitamos ahora más que otras veces. Hay que dar algunos aguinaldos... Toma ese brazalete que acaban de enviarme. Vé a venderlo y vuelve en seguida.

Mar. ¿Pero durante ese tiempo?...

Marg. Puedo quedarme sola. No tendré necesidad de nada. Además, que tú tardarás poco... Sabes el camino perfectamente... ¡En tres

meses has llevado tantas cosas!... ¡tantas cosas!...

Mar. Como usted mande... (Vase por el foro.)

Marg. ¡Año Nuevo!... ¡Qué alegría en las familias!... Todos reunidos... Y yo tan sola... tan triste...

Vuelve a salir MARIANA.

Mar. Señora...

Marg. ¿Cómo? ¿Qué tienes, Mariana?

Mar. Hoy se encuentra usted mejor, ¿no es eso?

Marg. Sí. ¿Por qué?

Mar. Prométame usted no alterarse.

Marg. ¿Qué ha sucedido?

Mar. He querido prevenirla. Una alegría demasiado brusca puede no soportarse.

Marg. ¿Una alegría dices?

Mar. Sí, señora.

Marg. ¡Roberto! ¿Tú has visto a Roberto?... ¡Roberto viene a verme! (Mariana hace seña afirmativa.) ¡Roberto!

Aparece ROBERTO por el foro. Al verlo, Margarita intenta incorporarse y Roberto corre hacia ella. Vase Mariana.

Rob. ¡Soy yo, Margarita; yo, tan arrepentido, tan inquieto, tan culpable, que casi no me atrevía a traspasar el umbral de la puerta!... Después de aquel día supe toda la verdad por boca de mi padre... Y desde entonces he vivido sin sosiego, perseguido por presentimientos siniestros, viajando sin cesar, huyendo de fantasmas que me seguían, que querían aprisionarme entre sus garras... Y cuando intentaba alejarme, una fuerza interior me arrastraba hacia aquí... hacia este París, donde vive la mujer a quien mi padre y yo hemos arrebatado la felicidad... ¡Qué alegría verte!... Margarita, di que nos perdonas a los dos... a mí y a mi padre.

Marg. ¡Perdonarte!... ¡Pero si soy yo la única culpable!... ¿Podía yo hacer otra cosa?... Yo quería tu felicidad aun a costa de la mía. Pero ahora tu padre ya no nos separará, ¿verdad que no?... Esta que tú encuentras no es tu Margarita de antes... Pero soy jo-

ven todavía y volveré a ser como era, porque ya soy dichosa. Tú lo olvidarás todo. Desde hoy comenzaremos una nueva vida.

Rob. Yo ya no me alejaré de ti. Dejaremos esta casa... saldremos de París... Mi padre conoce ya tu buen corazón... Te querrá como tú te mereces. Mi hermana está ya casada. El porvenir es nuestro.

Marg. ¡Oh! ¡Háblame! ¡Háblame! Siento que mi alma revive con tus palabras; que mi salud vuelve, que la alegría nace... ¡Qué sorpresa tan grande me reservaba la Providencia para el día de Año Nuevo!

Rob. ¿Qué tienes, Margarita? ¡Palideces!...

Marg. (Con esfuerzo.) Nada... No es nada... Tú sabes que la felicidad al entrar en un corazón que ha sufrido mucho le oprime algo... No es nada. (Inclina la cabeza.)

Rob. ¡Margarita, háblame! ¡Te lo suplico!

Marg. No tengas miedo. Tú ya lo sabes. Yo siempre he sufrido estas crisis momentáneas. Pero pasan pronto... ¿Ves?... Ya sonrío, ya estoy fuerte... ¿Quieres que salgamos juntos?...

Rob. (La coge una mano.) ¡Estás temblando!

Marg. (Quiere ponerse de pie y no puede.) ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Yo quiero vivir!... ¡Es preciso que viva!... Si esta alegría no me ha salvado, ya no me salvará nada. Temprano o tarde, la criatura humana muere de aquello que la ha hecho vivir. Yo he vivido por el amor y por el amor muero.

Rob. ¡Cállate, Margarita! ¡Tú vivirás! ¡Es necesario!

Marg. ¡Siéntate cerca de mí, lo más cerca posible, Roberto mío!... Yo sentía horror de la muerte... Pero ahora, no... Ahora la deseo...

Rob. Yo te ruego que no me hables así. No me repitas que vas a morirte... Díme que no lo crees, que no puede ser, que tú no lo deseas...

Marg. Aunque yo no lo quisiera, debería ceder, puesto que Dios lo quiere. Si yo fuera una buena mujer, si yo fuese honrada y virtuosa, quizás llorase ante la idea de abandonar

un mundo donde tú te quedas, porque el porvenir estaría lleno de promesas y todo mi pasado me daría derecho a disfrutarlo. Muerta yo, todo lo que tú conserves de mí será puro... Mientras viviera, siempre habría grandes borrones sobre mi amor. Créeme: Dios hace bien todo lo que hace.

Rob. ¡Uf, qué angustia!

Marg. ¿Cómo?... ¿He de ser yo, infeliz de mí, la que haya de darte ánimos?... Vamos, obedéceme... Abre ese cajón... Coge un medallón que hay en él... Es un retrato mío, de la época en que yo valía algo. Mandé hacerlo para ti. Guárdalo, porque él ayudará tu recuerdo en lo porvenir. Pero si algún día una linda muchacha se enamora de ti y te casas con ella, como debe ser, como yo quiero que sea... y más adelante, ella encuentra ese retrato, dile que es el de una buena amiga que murió y que desde el rincón más oscuro del cielo, si allí la permite Dios que esté, rogará todos los días por ella y por ti. Si ella siente celos del pasado, como lo sienten casi todas las mujeres, y te pide el sacrificio de ese retrato, hazlo sin temor, sin remordimientos... Será de justicia y yo te lo perdono desde ahora. La mujer que quiere sufre mucho cuando sospecha que no está correspondida... ¿Entiendes, Roberto mío?... ¿Me comprendes bien?...

Aparecen NICHETTE y GUSTAVO por el foro.

Nich. Margarita... Me habían dicho que estabas muy mala y desde la iglesia hemos venido a verte... ¡Pero qué sorpresa! Te encuentro sonriente y animadísima.

Marg. ¡Ah! ¡Me estoy muriendo; pero soy feliz también, y mi felicidad alegra mi muerte! Ya estáis casados... Ahora seréis más felices que antes... Os acordaréis de mí muchas veces, ¿verdad?... Roberto, dame tu mano. Te aseguro que no es difícil morir...

Rob. ¿Cómo? ¿Qué sientes?...

Marg. Nada... Se acabaron los sufrimientos. Parece que la vida vuelve a entrar en mí. Siento un bienestar que no había sentido nunca... ¡Es que voy a vivir!... ¡Voy a vivir!... ¡Vivir!... (Se queda como adormecida.)

Gust. ¿Duerme?...

Rob. (Con inquietud y después con terror.) ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Margarita! (Da un gran grito y necesita hacer un esfuerzo para arrancar su mano de la de Margarita.) ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Está muerta, amigos míos!

Gust. ¡Pobre muchacha! ¡Lo quería a usted con todo su corazón!

Nich. Duerme en paz, Margarita. ¡Mucho te será perdonado, porque has querido mucho en esta vida!

(Cuadro y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

POLIZA N.13.821